



MULTIPLICIDADES E INEPTITUDES EPISTÉMICAS

Ricardo Alberto Andrade
Docente del Programa de Psicología
Funlam

Los Mosquera han comenzado a ser una molestia. El más pequeño tomó unas cuantas piedras y bombardeó su salón de clases, el mayor no entra a clase como un niño normal desde hace ya varios meses. La madre, que acude ante el llamado del colegio para entender la situación comenta, airadamente, que ellos no tienen la culpa, que desde que el papá se fue de la casa y ahora vive en frente con su nueva “mujer”, ellos vienen de mal en peor. Advierte que no hay forma de hablar con él, porque toda la vida la que tuvo que poner la cara fue ella. Está muy enojada porque el menorcito mantiene metido allá y dice que se quiere ir a vivir con su papá. Además, porque no entiende cómo es que él se fue de la casa pero sigue teniendo llaves y entra todas las noches la moto porque al frente no hay como guardarla.

A Yeison no lo soportan más en el salón. Golpea a sus compañeras, a algunas les ha tocado donde no debe, y a muchos los ha amenazado porque no le dan una parte del refrigerio. No se queda en clase fácilmente y sabe burlarse de los profesores hasta dejarlos extenuados y sin saber qué hacer con el salón. Es hermano de un adolescente que vivió en la calle por 1 año y que no presenta conductas agresivas como tal, pero insiste en desestabilizar toda la estructura educativa haciendo lo que quiere cuando le parece. Cuando se habla con la madre explica que el papá un buen día simplemente no volvió y que ella tuvo que sobrevivir a toda costa. Dice que cuando se embarazó de Yeison, poco

antes de que el papá se fuera, tuvo el deseo ferviente de tener un muchachito que “jodiera mucho”, que no dejara de joder para que la ocupara de tal forma que no tuviera que pensar.

Una madre entra para hablar de su hija de siete años porque parece absorta, dicen los profesores, porque no parece conectada con el proceso educativo. Cuando narra la situación familiar hace entrar a su pequeño de tres años que tiene el ojo derecho salido, como si un dedo invisible se lo estuviera empujando desde dentro. Es un cáncer, dice, pero en el seguro no lo quieren operar que porque para qué, si le va a volver a salir. Dice que es desplazada, que su esposo fue asesinado aquí en la ciudad hace tres años, que su hija de 17 años fue violada y embarazada, pero no denunció por miedo; que es madre de otros 4 hijos, incluida la pequeña absorta, y que para conseguir pasajes para llevar al menor a los exámenes del cáncer tuvo sexo con un señor y ahora también está embarazada.

Estos son esbozos, expresiones que hacen poca justicia a la complejidad de la vida de la que emergen. Son traídos a colación con el propósito de hacer una somera ilustración de los retos de la psicología educativa en contextos de alta vulnerabilidad social.

Si uno describe someramente el rol del psicólogo educativo podría decir que consiste trabajar con las circunstancias psicológicas que interfieren en la consecución de los logros para la formación de los estudiantes en todos sus ciclos vitales. Dentro de sus funciones habituales se describe la evaluación y tratamiento de este tipo de casos, la evaluación de sus contextos familiares, la asesoría a padres y tutores frente a tales dificultades, la capacitación a los familiares sobre temas concernientes a la educación, el acompañamiento vocacional con los grados superiores, la capacitación y asesoría a docentes, la asesoría a instancias directivas de la institución en la toma de decisiones de carácter institucional o frente a un caso específico.

Sin embargo, casos como los esbozados implican una acción de difícil envergadura. Implican aspectos familiares, médicos, políticos, gubernamentales, alimentarios. Aspectos de tan complicado tratamiento que dejarían en un saludable estado de pastosidad teórico - práctica al más

avezado de los psicólogos. Tomar el aspecto cognitivo, afectivo, conductual, inconscientede cualquiera de esos niños surtiría el mismo efecto que un grito de auxilio bajo el agua, simplemente porque el problema es mucho más profundo y extenso.

Dos aspectos se cruzan en este cuestionamiento al rol del psicólogo educativo: el de la especificidad del campo en el que va a operar con los conocimientos profesionales pertinentes y el de la particularidad de esa formación psicológica con la que ha formado su hacer en el mundo; es decir, podría tratarse no de un psicólogo educativo, sino de un trabajador social o de un licenciado con especialización en psicoorientación o consejería. Pero, hay un tercer componente que podría complicar mucho más la situación: el psicólogo no sólo estará posicionado desde un saber especial, construido en una universidad específica sino que además será un psicólogo que pertenezca a una escuela o a otra del campo psicológico; será cognitivo, humanista, dinámico, psicoanalítico, si los hay; junguiano, etcétera. Pero, además, el cognitivo podría seguir los trabajos de Beck o haber preferido los aportes, por ejemplo de Ascoaga; el humanista podría gustar de Rogers o de Pearls; el dinámico podría tener una tendencia más marcada al trabajo de Althea Horner o preferir más los aportes de Otto Kernberg, incluso podría trabajar desde el enfoque de la ego psychology o gustar más de los trabajos de Klein; el psicoanalítico - que aunque los eruditos de esta comarca con aspiraciones de metrópolis llamada Medellín han dicho que son aberraciones teóricas, existe - podría ser más simpatizante de Colette Soler o de Jaques Alain Miller. Y de entre ellos todas las variaciones posibles; una cantidad avasalladora de variaciones darwinianas, de bellos o cruces o de engendros malvados.

Ahora, los tres casos que comenté se ven sometidos no sólo al azar de cuál profesional maneje el caso y de cuál universidad salió, sino, además, de cuál de estos vistosos especímenes sea el que decida aproximarse al caso porque, según su naturaleza, según el contexto en el que haya construido su órganos académicos, resaltarán algunos aspectos y descuidará otros; diseccionará con el escarpelo teórico de su escuelita pedacitos cada vez más pequeños de esa maraña existencial que es el sujeto que sufre e intervendrá, complacido porque cree saber lo que tiene que hacer, ya que los amos antiguos

sobre quienes ostenta su conocimiento incólume así lo han escrito antes que él.

Pero, a todas estas ¿qué es una escuela de la psicología? ¿Qué es una corriente? Esa pregunta, acaso ingenua, es de las menos frecuentes en los corredores en los que el ejército de psicólogos en formación trasiega con libros bajo el brazo. Sin embargo, todos ellos se aterran y se angustian cuando se va aproximando ese momento mítico que es la práctica, en el que alguien, en nombre de lo necesario, va a preguntar ¿usted de cuál escuela es? Hay que escoger escuela no importa por qué, pero usted debe hacer una selección y, por ende, una enajenación. No sólo debe escoger que leer de ahora en adelante, sino, y más grave todavía, qué no leer, a quien declarar indeseable en su biblioteca, a cuales colegas ridiculizar, cada vez más ocultamente, en secreto, porque también está prohibido criticar. Finalmente, esa elección se hace por las razones menos adecuadas, del mismo modo que si se eligiera esposa a la fuerza, entre una lista finita de posibilidades y con unas cuantas horas de diálogo con cada una de ellas. Del mismo modo, la elección de escuela es para toda la vida profesional, casi siempre.

Se elige porque un profesor me cayó bien, o porque es insoportable, porque leer Lacan es muy difícil, porque aquella más eficaz, porque mis amigos son todos de allí, porque en la práctica me tocaba, porque se me ocurrió, porque tuve un sueño, porque los alienígenas que me secuestraron así me lo indicaron. En última instancia, y es la respuesta más común, porque me gustó más esta que aquella, o porque, tomen nota clérigos de todo el mundo, creo más en esto que en aquello, es decir, porque hago un voto de fe.

Esta elección forzada, vacía en su pretensión, infértil en su aspiración, es un salto al vacío. Simplemente, las razones por las que se hace son inadecuadas, productos más de la ignorancia que la psicología de esta parroquia ha cubierto muchas veces con capas superficiales de científicidad y orgullo teórico. Las razones por las que se debería elegir son epistemológicas, en última instancia, filosóficas.

De nuevo ¿Qué es una escuela de la psicología? Hay aquí dos preguntas juntas: ¿Qué es psicología? ¿Qué es una escuela de ella?

Por supuesto, la primera respuesta la hemos dado muchas veces en diferentes contextos, pero debe enunciarse de nuevo, porque, y esto es un mal crónico, no es exacta. Es decir, en esto hay que insistir, pocas definiciones en conflicto podrían darse de biología o de química, pero para la psicología las respuestas son diversas. El estudio del alma, Aristóteles; la investigación de la vida mental o de los hechos de conciencia, W. James; El análisis de la conciencia en cuanto se da en seres animados, Husserl; la ciencia de los fenómenos psíquicos, Brentano; la investigación de los reflejos, Brechtere; la observación de la conducta, Watson. Estas definiciones, traídas a colación por Aceves (1981) no son suficientes, evidentemente faltan muchísimos autores de gran importancia que podrían darnos definiciones diferentes, pero baste con señalar que entre varias de ellas hay un conflicto que, sin embargo, pocas veces es protagonista de las aulas de clase y que, por supuesto, no aparece en las razones de las elecciones de escuela. La definición que propone este autor, luego de su disertación al respecto es la siguiente: "Psicología es la ciencia de todos los fenómenos conscientes e inconscientes, esenciales a la conducta inteligente...Es la ciencia de los fenómenos psíquicos y de las leyes que los regulan" (Aceves, 1981). Esta definición abarca la mayoría de las que se suelen aportar para definir la psicología: incluye el inconsciente y la conciencia, dos de las escuelas actuales podrían dividirse un poco del pastel; implica la conducta, también es adecuado para otra escuela reconocida de nuestros tiempos, pero, al mismo tiempo, las integra en sólo una psicología, es decir, define una psicología general. Esto es fundamental cuando, ante la disputa teórica por las corrientes, alguien simplemente aboga por la salida quizá más simple: "no existen psicología sino psicologías". Lamentablemente, ninguna universidad otorga un diploma de "psicólogo con énfasis en neuropsicología con preferencia cognitiva conductual", tampoco uno que diga "psicólogo con formación lacaniana de preferencia milleriana". Lo que el medio solicita es psicólogos, generales, lo más integrales posible, lo más sólidos teóricamente posible, lo mejor preparados para diversos escenarios que se pueda.

Arroyave (2010) propone una salida tripartita a la primera de estas cuestiones. Inicialmente, la psicología es concebida como una disciplina científica. En esta concepción hay un énfasis poderoso del neopositivismo y de cierto paradigma cuantitativo que se ha erigido a sí mismo como el verdadero

blasón de la cientificidad. En segundo lugar, aparecería una corriente menos clara que es denominada por Mario Bunge (Citado por Arroyave, 2010) como “psicología del hombre de la calle”: la psicología humanista, la psicología dinámica, la psicología cognitiva como terapia y, algunos van a saltar de sus sillas, el psicoanálisis. Para Bunge, todas ellas son las psicologías populares. La tercera concepción es la psicología tomada en tanto profesión. “la universidad ofrecería las condiciones para apropiarse de unos conocimientos y unas técnicas...para luego ser aplicados a un individuo o un colectivo de acuerdo con los intereses de uno y otro”. Esta última, a juicio del autor, acoge la psicología como una palabra que engloba una experiencia subjetiva de curiosidad por “las intenciones, las motivaciones, las imágenes y las reacciones comportamentales y subjetivas de los otros y las propias” (Arroyave, 2010). Este último sentido implica la psicología como una experiencia humana, una experiencia de un individuo que siente curiosidad por sus experiencias y por las de otros, no sólo como un instrumento técnico científico o profesional.

Originalmente, las corrientes de la psicología aparecieron en torno a uno de los tres aspectos, es decir, a la psicología como ciencia, a la psicología como discurso o a la psicología como saber de sí y del otro en su aspecto experiencial. El estructuralismo, cuyo principal exponente acaso sea Titchener, heredero del intento experimental de Wundt, trata de describir las estructuras básicas que componen la conciencia; el funcionalismo, por ejemplo con W. James y Dewey, que prefirió investigar el funcionamiento adaptativo de la mente y no las estructuras que la compondrían; el conductismo, con Watson, que en un intento de combinar el pragmatismo de James, el funcionalismo del Dewey y la teoría de los reflejos de Pavlov y Betchterev, propone como imposible la observación de la mente y opta por la conducta como objeto de estudio de la psicología; el psicoanálisis, con Freud, quien, como, ya es un poco más sabido de la cuenta - lo digo por todos los textos de psicología para Dummies que se consiguen en el éxito y que utilizan sus teorías sin rigor ni contexto para dar consejos sinvergüenza a las mentes desorientadas - cuyo principal aporte fue proponer que la esencia del proceso mental no es la conciencia sino el inconsciente, concepto, que a la vez, según Foucault, modificaría la psicología para siempre; la Gestalt, que con Köler, Koffman y Wertheimer, defiende la importancia de las formas, la prioridad de la relación del todo con sus partes y rechaza la existencia de las percepciones puras; la

reflexología, ya mencionada en el conductismo, que con Pavlov propone que el cerebro tiene una capacidad de reflejar la realidad en forma de sensaciones, percepciones y pensamientos; finalmente, podrían comentarse la psicología comprensiva de Dilthey, la psicología fenomenológica y existencial de Brentano, Husserl, Jaspers y Sartre .

Este breve resumen, propuesto por Aceves (1981), nos aproxima a la segunda respuesta que se había pedido; una escuela de la psicología estaría, como concepto, relacionada con estas propuestas disímiles que en algún momento se dieron para la psicología general y básica. Ahora bien, debe hacerse una distinción entre lo que podríamos denominar corriente del pensamiento psicológico de escuela, propiamente dicha. Una corriente del pensamiento psicológico sería una propuesta epistemológica, teórica, conceptual y metodológica que se supone responde mejor al objeto de estudio de un área del conocimiento. Nótese que el fundamento básico para tal propuesta es de carácter epistemológico; en última instancia, lo que está en juego es una apuesta por la validez de un tipo de conocimiento, por encima de otros. Las razones para tal elección son racionales; se deben conocer los fundamentos más profundos del campo de conocimiento del que se trata, así como las consecuencias empíricas de los presupuestos teóricos más disímiles dentro del mismo. Las corrientes son, en cierto modo, abstractas, tienen representantes, pero están compuestas fundamentalmente por supuestos organizados en una teoría más o menos racional.

Las escuelas, por otra parte, no son abstractas del todo; tienen en su haber representantes y seguidores. Las escuelas son, podríamos decir, un modo de proceder y de pensar consecuencia de una corriente de pensamiento y que genera un grupo de personas que se identifican entre sí. Es decir, las escuelas son la consecuencia social de las corrientes de pensamiento, cualquiera que sea su objeto.

El problema es que puede primar en su constitución la vertiente social por sobre su origen epistemológico; podrían prevalecer los problemas imaginarios, accesorios, si me permiten el término, cosméticos, por encima de los sustantivos, de los que conformaron originalmente tanto la ciencia o la disciplina, en este caso la psicología , como la corriente de pensamiento

psicológico misma. Muy pocas veces hay una preocupación real porque la razón de la elección de escuela sea epistemológicamente bien fundada, pocas veces se asocia a una escuela los más rigurosos fundamentos de su origen. Muy a menudo, y hablo de la villa que habitamos, acaba por transformarse en un grupo de amigos con comercio social entre sí, todo lo que eso englobe, que salen juntos y toman cervecita de vez en cuando, que acaban por vestirse parecido y, horror, por hablar similarmente, por adquirir una jerga característica, si no busquen un psicoanalista ortodoxo que no diga “en tanto...” o “del orden de...”

Finalmente, a la división original de la psicología en básica y aplicada, se le suma la de las ramas y a las ramas, las corrientes y a ellas, las escuelas. Terminamos por saber cada vez más de un campo cada vez más estrecho, igual que el retinólogo que rehúsa recetar unas gafas porque esa no es su área. El resultado es una variedad tan amplia de posibilidades: un psicólogo educativo estructuralista freudiano dinámico, por ejemplo. Y después de este cúmulo de posibilidades el psicólogo mismo pierde de vista qué es lo que estudia la psicología y se hace imposible predecir con suficiente antelación qué es lo que va a saber un graduado, pues dependerá de la rama, la corriente, la escuela y la universidad. El agravante es que a esa situación se le suma el ego y la falta de interdisciplinariedad propia de nuestros maestros locales y de los alter-ego que les siguen; es común que el psicólogo trabaje sólo con sus propias razones en mente porque está convencido de la infalibilidad de sus opiniones magnánimas, igual que esos estudiantes que alegremente rechazan todo trabajo en grupo porque “trabajan mejor solos”.

Y, después de todo, ¿para qué le ha servido a los tres casos del principio de este modesto texto esta discusión? La respuesta es: para nada, porque no les importa; ellos no saben de corrientes, ni de escuelas; sólo necesitan algo que no se sabe a ciencia cierta qué es. Sin embargo, esa es la realidad que nos reta y nos exige respuestas y preguntas bien hechas. De ese tipo de preguntas fundamentales, vitales, que en última instancia hacen ver ese afán de elegir escuela como un afán insustancial, muy similar a la inaplazable duda de no saber si ir el viernes a boleros o al blue.

Referencias:

Aceves, M. (2000). *Psicología General*. México: Publicaciones Cruz, O. (S.A.)

Arroyave, O. (2010). Esbozo de una psicología genealógica (Individuo y cultura). *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*. N° 1. Disponible en:
<http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/RCCS/article/viewFile/11/3>